

NOMBRES QUE REFLEJAN LAS FUNCIONES DE DIOS

Hugo McCord

Las funciones del Señor en la vida de los Suyos dieron origen a varias designaciones de Él que recoge el Antiguo Testamento. En esta lección estudiaremos algunos de esos nombres y así aprenderemos más acerca de la visión que deberíamos tener de Dios.

«JUEZ»

Cuando Abraham abogaba por lo que le parecía justo, en Génesis 18.25, él se refirió a Dios como *Shophet*, «Juez». Abraham opinaba que ningún justo de Sodoma y Gomorra debía sufrir el mismo destino que los impíos. Por lo tanto, suplicó a Dios que tuviera clemencia tomando en cuenta que el *Shophet*, el Juez de toda la tierra, haría lo que es justo.

En este caso en particular, lo que parecía justo a un ser humano era también justo ante los ojos de Dios. A veces, no obstante, los seres humanos han juzgado a Dios por permitir que ocurran cosas aparentemente injustas. Es imposible para Dios ser injusto, pues Su misma naturaleza es justicia. Él es «muy limpio [...] de ojos para ver el mal», y no puede «ver el agravio» con ojos de aprobación (Habacuc 1.13); Él es «Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto» (Deuteronomio 32.4); «Justicia y juicio son el cimiento de» Su trono (Salmos 89.14).

La manifiesta rectitud de tantas de las leyes de Dios (vea Levítico 19.18; Deuteronomio 4.8; 23.24–25; 24.10–22) debería darnos fe en que Él tiene buenas razones para Sus decisiones. Podemos confiar en que Él fue justo al ordenar la destrucción de niños paganos (1º Samuel 15); al tomar las vidas de siete hijos de Saúl (2º Samuel 21.3, 5–6); al rechazar a los bastardos, a los moabitas y a los amonitas (Deuteronomio 23.2–6); al permitir enfermedades y tornados. El razonamiento humano es insuficiente para entender todo lo que Dios está pensando; a veces, la única solución práctica es tener la fe de Abraham en el sentido de que el

Shophet, el Juez de toda la tierra, hará lo que es justo.

El carácter de Dios nos da la tranquilidad de que Él corregirá toda injusticia. A menudo, en Su propia sabiduría profunda, Él no hace la corrección en esta vida, tal como Abel y Nabot lo confirmarían (vea Génesis 4.8; 1º Reyes 21.1–16). A veces la rectificación aguarda para la otra vida, tal como el rico y Lázaro lo afirmarían. Algún día, no obstante, Dios lo enderezará todo. Por esta razón, recuerde Eclesiastés 5.8: «Si opresión de pobres y perversión de derecho y de justicia vieres en la provincia, no te maravilles de ello; porque sobre el alto vigila otro más alto, y uno más alto está sobre ellos».

«PASTOR»

Una descripción de la Deidad, que es particularmente tranquilizadora, se encuentra en Génesis 49.24: *Ro'eh*, «Pastor». Jacob inspiró un agradable pensamiento en la mente de José, cuando lo tranquilizó diciéndole que Dios, el *Ro'eh*, el Pastor, cuidaría de él. David, también, vio al Señor como *Ro'eh Yisra'el*, el Pastor de Israel, que guió «como a ovejas a José» (Salmos 80.1). Él veía a todo el pueblo de Dios como «ovejas de su prado» (Salmos 100.3), y se comparó él mismo con una oveja en la cual su *Ro'eh*, su Pastor, tomaba interés personal (Salmos 23).

En los tiempos de Ezequiel, los profetas, sacerdotes y reyes —que habían de ser pastores de Israel, representando al Señor— habían demostrado ser poco confiables. «¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños?» (Ezequiel 34.2). Las ovejas no pastoreadas «fueron esparcidas» y «no hubo quien las buscase, ni quien preguntase por ellas» (Ezequiel 34.6). Por lo tanto el gran *Ro'eh*, el Pastor celestial, resolvió: «He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré» (Ezequiel 34.11).

Cómo cumplió Dios Su palabra es algo que se

observa en Jesucristo, el Hijo de David. Dijo Dios: «Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor» (Ezequiel 34.23). El «David» profetizado, Jesús, no sería un asalariado, como lo habían sido los anteriores pastores de Dios. Como buen Pastor que era, Él daría Su vida por las ovejas (Juan 10.11). Sería herido (Zacarías 13.7; Mateo 26.31), pero Dios resucitaría «de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno» (Hebreos 13.20). Por ese pacto, aunque éramos «como ovejas descarriadas» ahora hemos «vuelto al Pastor y Obispo de [nuestras] almas» (1^{era} Pedro 2.25). Seamos judíos o gentiles, el gran Pastor cuida tiernamente de todos los que vengan a Él, dando como resultado que hay un solo rebaño y un solo Pastor (Juan 10.16).

En el Antiguo Testamento, Dios escogió a seres humanos para que fueran representantes Suyos como pastores subordinados; así también, los ancianos de las iglesias son pastores hoy día (1^{era} Pedro 5.1–2). A los ancianos se les encarga velar por el rebaño de Dios (Hechos 20.28; 1^{era} Pedro 5.1–4). Así como los pastores subordinados veterotestamentarios tenían que dar cuenta al gran *Ro'eh*, también los pastores de las ovejas del Señor han de dar cuenta al Príncipe de los pastores (1^{era} Pedro 5.4).

Algún día el Príncipe de los pastores se manifestará en persona:

He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará; he aquí que su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro. Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas (Isaías 40.10–11).

«REY»

Isaías vio al Señor como *Melek*, «el Rey», alto y sublime, sentado en un trono, con las faldas de Su gloria llenando el templo. «Jehová es Rey eternamente y para siempre» (Salmos 10.16a). De gran alcance es Su soberanía: «He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas» (Isaías 40.15a). Cuando el Señor se sentó como Rey del diluvio (Salmos 29.10a), Su decisión fue terminante. La Suya es una monarquía sin límite.

Agradó al «Rey de las naciones» (Apocalipsis 15.3; NASB), durante la Era Cristiana, darle a Su Hijo toda potestad en el cielo y en la tierra (Mateo 28.18). A la pregunta de Pilato: «¿Luego, eres tú

rey?» (Juan 18.37a), la respuesta de Jesús fue inequívoca: «Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo» (Juan 18.37b). No obstante, le dio a entender claramente al gobernador que Su reino no era de este mundo (Juan 18.36). Rehusó tener autoridad mundana cuando Satanás le ofreció todos los reinos del mundo y la gloria de ellos (Mateo 4.8–9). Rehusó permitirles a Sus seguidores hacerle rey (Juan 6.15). Cuando entró en Jerusalén cabalgando sobre un asnillo y fue aclamado rey, no tenía soldados; nadie pensó que un rival de César había venido (Juan 12.15). En realidad, en ese momento Jesús todavía no era Rey; no lo sería sino hasta que volviera a los cielos. No obstante, aceptó la alabanza voluntaria de los que le amaban, en cuyos corazones Él ya reinaba.

Cuando Jesús aprendió a obedecer (Hebreos 5.8) y venció la muerte (Hebreos 2.14), Él ascendió a lo alto. El cielo se llenó de gran regocijo cuando Jesús se acercaba a sus puertas. El clamor que se dejó oír por las puertas fue este:

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
Y alzaos vosotras, puertas eternas,
Y entrará el Rey de gloria
(Salmos 24.7).

Cuando las puertas de los cielos preguntaron: «¿Quién es este Rey de gloria?», la respuesta fue: «Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla» (Salmos 24.8), y «Jehová de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria» (Salmos 24.10).

La coronación propiamente dicha se llevó a cabo diez días después de la Ascensión; sucedió por designación de Dios el día de Pentecostés. Dios Padre invitó a Su Hijo, diciendo: «Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (Salmos 110.1). Él reinaría en lugar de Dios hasta que el último enemigo fuera destruido (1^{era} Corintios 15.25–26). En un sentido figurado, Dios derramó el aceite de la unción sobre la cabeza de Su Hijo ese domingo de Pentecostés (Hebreos 1.8–9), posiblemente el 26 de mayo del 30 d. C. Jesús había llegado a ser de hecho «el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores» (1^{era} Timoteo 6.15).

Aunque Él estaba sentándose en el trono de Su padre David, el reinado de Jesús no sería de carne y sangre. Su trono fue establecido «en misericordia», y el ocupante de este buscaría el derecho y apresuraría «la justicia» (Isaías 16.5). Su reino sería un reino de «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14.17).

Cuando resucite a todos los hombres de entre los muertos, entonces habrá sido abolida la

muerte, el postrer enemigo (1^{era} Corintios 15.26). En ese momento entregará el reino a Su Padre (1^{era} Corintios 15.24). Luego, Él mismo, junto con todos los hombres y los ángeles, se sujetará a Aquel que le sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (1^{era} Corintios 15.28).

«REDENTOR»

Otra palabra que refleja una función de Dios en su trato con la humanidad es *Go'el*, que se refiere a un vengador, reivindicador o redentor. Este nombre fue usado por Salomón en Proverbios 23.10–11, y por Job en Job 19.25–27.

Vengador

Dios, en su función de *Go'el*, era Vengador o Reivindicador de Israel. La práctica de robar tierras por medio de mover los linderos era delito grave para Él. También era grave ante Sus ojos violar los derechos de los huérfanos (Proverbios 23.10). Los ofendidos necesitaban un *go'el*, un redentor. Salomón consideraba esta una de las funciones de Dios. Lo describía como «Fuerte» y decía que Él «[juzgaría] la causa de ellos» (Proverbios 23.11).

Cuando Job fue afligido —y no hubo nadie, ni siquiera su esposa, que reivindicara su carácter— él sabía que contaba con un amigo:

Yo sé que mi Redentor vive,
Y al fin se levantará sobre el polvo;
Y después de deshecha esta mi piel,
En mi carne he de ver a Dios;
Al cual veré por mí mismo,
Y mis ojos lo verán, y no otro [...]
(Job 19.25–27).

No sabía que Dios reivindicaría su carácter antes de que muriera. Había perdido la esperanza de reivindicación en esta vida. Sólo deseaba morir, y que le quitaran la angustia que estaba sufriendo. No obstante, tenía una firme fe en un Reivindicador viviente que haría que se levantara del polvo, y que, con ojos incorruptibles, contemplara a Dios.

Rescatador

A veces la palabra *go'el* se refiere concretamente a un rescatador. Si un israelita era obligado a vender su tierra, a su pariente más próximo, según la ley de Moisés, se le daba el privilegio de rescatar la tierra (Levítico 25.23–25). A tal pariente se le llamaba *go'el*, rescatador. En el libro de Rut se proporciona un interesante ejemplo. Cuando el pariente más próximo de Noemí rehusó el derecho de redimir, Booz se convirtió en su *go'el*, su rescatador. No solamente compró la tierra, sino

que también recibió una esposa en la transacción.

Dios también fue el *Go'el*, el Redentor, el Rescatador, para los que estaban cautivos en Babilonia. Los hizo volver a casa bajo el liderazgo de Zorobabel, Esdras y Nehemías, con un corazón y espíritu nuevos (Ezequiel 36.26). El *Go'el* de Israel era fuerte; Él abogaría poderosamente por la causa de Su pueblo (Jeremías 50.34). El sendero de ellos sería llamado camino de santidad. Los inmundos no pasarían por este; era para los redimidos. Si tenían corazón nuevo y espíritu nuevo, el camino de santidad se abriría. Los hombres que anduvieran por ese camino, aun los torpes, entenderían cómo seguir el camino de justicia. Los redimidos de Dios volverían con cántico a Sion. Gozo perpetuo sería sobre sus cabezas; tendrían gozo y alegría, mientras que la tristeza y el gemido huirían (Isaías 35.8–10). Dios, el que creó a Israel, podía ahora como su *Go'el* reclamar otra distinción: «Yo te redimí» (Isaías 43.1).

Un aspecto de redención más grande que el de liberación de una potencia extranjera es el de liberación del pecado (Colosenses 1.14). Dios proporcionó esta redención por medio de Jesús, que se dio a sí mismo como rescate (Mateo 20.28). Él dio Su «sangre preciosa» (1^{era} Pedro 1.19) no solamente «para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto» (Hebreos 9.15), sino también por los pecados «de todo el mundo» (1^{era} Juan 2.2). Jesús, como *Go'el*, como Redentor, proporcionó así «eterna redención» para que los que obedecen «reciban la promesa de la herencia eterna» (Hebreos 9.12, 15).

«PADRE»

Ya se ha indicado que Dios no es un padre propiamente dicho. No obstante, Su función como Padre nuestro es una de las más gratas y reconfortantes ilustraciones del Antiguo Testamento.¹

Israel como primogénito de Dios

La representación figurada de Dios como Padre es usada primero en referencia a las doce tribus de Israel, consideradas colectivamente como una unidad —esto es, como un hijo. «Israel es mi hijo, mi primogénito» (Éxodo 4.22). Debido a que Faraón rehusó dar permiso a Israel, que se describe como primogénito de Dios, para salir de Egipto, el Señor le dijo: «He aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito» (Éxodo 4.23). Cuando Israel el hijo de Dios sufría rigurosa esclavitud, el afecto de Dios para con la nación fue expresado de modo paternal: «Cuando Israel era muchacho, yo lo amé,

y de Egipto llamé a mi hijo» (Oseas 11.1). Como Padre preocupado y amoroso, el Señor tomó a Israel en Sus brazos (Oseas 11.3) y le enseñó a andar.

Los cristianos como primogénitos de Dios

Otros pueblos además de Israel eran también hijos de Dios. Todos los pueblos eran «linaje de Dios» (Hechos 17.29). No obstante, debido a la excepcional fe de Abraham, el pueblo hebreo que descendió de él fue considerado por el Señor como Su primogénito entre todos Sus hijos (pueblos).

Ser el primogénito dentro de una familia era especialmente halagador. Además de corresponderle doble porción del patrimonio de su padre (Deuteronomio 21.17), al primogénito se le consideraba el principio del vigor de su padre. El primogénito era honrado como la «fortaleza» de su padre, y a él se le concedía la preeminencia en dignidad y poder (vea Génesis 49.3). Por lo tanto, al hijo primogénito se le consideraba el orgullo de la familia.

Deseando honrar a Sus hijos, Dios puso a Israel en primer lugar entre las naciones. Del mismo modo, al Señor le agradó honrar a los cristianos y se refirió a la iglesia como la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos (Hebreos 12.23). En esta ilustración, a todos los pueblos se les considera hijos de Dios en cuanto a la creación —pero sólo por llegar a ser nuevas criaturas (2ª Corintios 5.17) es que a los cristianos se les considera primogénitos, en quienes Él tiene toda complacencia.

Cómo llegar a ser hijos de Dios

No hay ilustración perfecta. La ilustración padre-hijo, aunque muy apta, tiene defectos en la cuestión de elección. Un hijo no elige entre nacer o no nacer, pero espiritualmente uno debe elegir nacer de nuevo en la familia del Padre (Juan 3.3–8).

La forma normal de llegar a ser miembro de una familia es el nacimiento natural, pero también existe la forma de la adopción. La figura de personas adoptadas como miembros de la familia de Dios también se usa en las Escrituras (Gálatas 4.4–7).

Atención personal

Uno no se puede imaginar a un padre que provee para las necesidades, pero no toma interés personal en sus hijos.² Un buen padre prodiga atención especial. Cuando las Escrituras comparan a Dios con un padre, tiene que incluirse la providencia especial. Un padre terrenal inferior

tiene la consideración de dar pan y peces, y no piedras ni serpientes, a sus hijos. Aún así, la anterior es a duras penas una copia del Padre celestial, a quien le conmueven el corazón las necesidades de Sus hijos. En toda angustia de ellos Él es angustiado (Isaías 63.9). «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo» (Salmos 103.13–14).

El hermano mayor

Las Escrituras presentan de modo ilustrativo a Jesús como hermano mayor de todos los cristianos. No se avergüenza de sus hermanos (Hebreos 2.11). Como primogénito entre muchos hermanos que es (Romanos 8.29), a Él le deleita hablar en nombre de sus hermanos y hermanas menores. Aboga por la causa de ellos delante del Padre (1ª Juan 2.1).

Comportamiento de hijos

Un hijo se parece a su padre. Así también, los hijos de Dios se esfuerzan por ser tan sanos y tan maduros como su Padre en sus acciones. Como hijos amados que son (Efesios 5.1; Mateo 5.48), tratan de imitar a Dios. Al ser hijos e hijas del Señor Todopoderoso, ellos desean ser limpiados de toda contaminación de carne y de espíritu (2ª Corintios 7.1). Un hijo digno «honra al padre» (Malaquías 1.6), y un hijo juicioso se duele si contrista a su padre (Efesios 4.30).

Los demás hijos

La ilustración paternal no sólo sugiere una relación directa entre padre e hijo, sino también una relación directa entre hijo e hijo. Entre los hijos que tienen «un mismo padre» (Malaquías 2.10), es inconcebible un trato desleal. Es mentiroso el que diga que ama a Dios, pero no ama a los hijos de Dios (1ª Juan 4.20). Si uno ama al Padre, amará a los demás que el Padre engendró (1ª Juan 5.1).

«ESPOSO»

La relación más personal y más íntima que Dios ha usado para referirse a sí mismo en relación con los humanos es la de *'Ish*, «Esposo». El sentimiento de unidad y de acompañamiento que experimentan esposo y esposa, que es tan necesario, provechoso y agradable, hace que la ilustración *'Ish- 'ishshah* —esposo-esposa— sea la más entrañable de todas.

Israel

Israel como prometida. A Israel se le compara con

una mujer que «en los tiempos de su juventud» (Oseas 2.15) amaba al Señor y aceptaba Su propuesta (Jeremías 2.2). Ella estaba dispuesta a seguirlo a tierra no sembrada, al desierto (Jeremías 2.2).

Israel como ramera. El matrimonio que dio comienzo con un amor profundo y lleno de confianza llegó a ser desdichado. La esposa hizo el papel de ramera (Jeremías 3.1) —no una, sino muchas veces, con muchos amantes. «Pero como la esposa infiel abandona a su compañero», dijo Dios, «así prevaricasteis contra mí, oh casa de Israel» (Jeremías 3.20). A la idolatría de Israel, su inmoralidad y toda su infidelidad se les consideraba fornicación contra Dios —su *'Ish*, su Esposo. Invalidaron el pacto matrimonial, aunque Él «fue un marido para ellos» dijo Jehová (Jeremías 31.32). El pueblo fornicó descaradamente (Oseas 1.2) al apartarse de Dios.

Israel «se adornaba de sus zarcillos y de sus joyeles, y se iba tras sus amantes y se olvidaba» de Él, dice el Señor (Oseas 2.13). Hizo las «obras de una ramera desvergonzada» (Ezequiel 16.30), cometiendo adulterio, recibiendo a ajenos en lugar de su marido (Ezequiel 16.32). Israel, en lo único que «has sido diferente» (Ezequiel 16.34) es en que, en lugar de recibir paga, «tú diste tus dones a todos

tus enamorados; y les diste presentes, para que de todas partes se llegasen a ti» (Ezequiel 16.33). Israel llegó a ser como una mujer «que desechó a su marido y a sus hijos» (Ezequiel 16.45) y cometió adulterio (Ezequiel 16.38).

Israel reclamada. Aunque la ley prohibía al marido volver a tomar como esposa a una mujer infiel que había llegado a ser la esposa de otro hombre (Deuteronomio 24.1–4), el esposo de Israel rogó diciendo: «[...] ¡vuélvete a mí!» (Jeremías 3.1). «Convertíos», dijo el Señor, «porque yo soy vuestro esposo» (Jeremías 3.14a). Dios, el esposo de Israel, todavía amaba a Su esposa infiel. Le habló a su corazón (Oseas 2.14) y le hizo una nueva propuesta «como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de la tierra de Egipto» (Oseas 2.15). El nuevo desposorio se hizo sobre una base más sólida:

Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová (Oseas 2.19–20).

«En aquel tiempo», dijo el Señor, «me llamarás Ishi [...]» —mi Esposo (Oseas 2.16).

Ilustración conmovedora. La interpretación

«SIERVO»

Fue a Israel a quien Dios aplicó primero la designación de *'ebed*, «siervo». El pueblo de esta nación era pueblo de Dios, los de la fe de Abraham, los que habían sido elegidos para traer a Cristo al mundo. A los ojos de Dios, Israel, Su *'ebed*, era de gran estima y precioso (Isaías 43.4); pero este siervo decepcionó a Dios, volviéndose sordo y ciego (Isaías 42.19). El pueblo consumió sus fuerzas haciendo vanidad (Isaías 49.4) y pecando (Isaías 44.21–22). Se les llegó a describir como gusano (Isaías 41.14).

Así Dios eligió un nuevo *'Ebed* (Isaías 42.1), en quien Su alma se agradó. Su obra como el Siervo, redimiría al otro *'ebed*, a Israel, y llevaría sus pecados. Este *'Ebed* no se limitaría a ayudar a Israel; llevaría justicia a los gentiles (Isaías 49.1) y salvación hasta lo postrero de la tierra (Isaías 49.6). Este perfecto *'Ebed* se desempeñaría sabiamente, sin flaquear ni desfallecer (Isaías 42.4; 52.13). Sería uno que llevaría los pecados de los demás (Isaías 53.5–6).

Este *'Ebed* ideal vivía en los cielos y participaba de la naturaleza de Dios; era Dios (Juan 1.1). No obstante, al llegar a ser el *'Ebed* de Dios, no se aferró a su estatus celestial, sino que aceptó ser hecho en forma de siervo (Filipenses 2.6–7). Estando sobre la tierra fue el más humilde de los siervos, viniendo, no a ser servido, sino a servir (Mateo 20.25–28). Llegó a ser nuestro *'Ebed* no sólo en apariencia, sino también de corazón. No se sintió humillado, ni se avergonzó de lavar pies sucios; más bien, ese servicio humilde y de baja categoría era poco en comparación con el servicio que dio al llevar los pecados. Su carne rehuyó, amedrentándose ante la cruz, pero Su espíritu era más fuerte que Su carne. Estando resuelto de corazón, siendo la auténtica abnegación personificada, «aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia» (Hebreos 5.8–9).

Estando en la cruz, Su Padre vio la angustia del alma de Jesús, entristecido hasta la muerte. Dios dijo que tal sufrimiento fue suficiente para pagar el precio de los pecados del mundo. Dios lo levantó de los muertos y exaltó a este, el más humilde de los siervos, a un trono de Majestad en los cielos, dándole un nombre que es sobre todo nombre. Jesús, nuestro *'Ebed*, vino a la tierra como Siervo de Dios, y de todos los hombres, sin embargo, al final se le dio el lugar más importante del universo. Llegó a ser grande por medio de servir.

más probable del libro de Oseas es que Dios (representado por Oseas) era un esposo traicionado que nuevamente acogió en su corazón a una esposa indigna (representada por Gomer). Si esta interpretación es correcta, entonces Oseas había desposado originalmente una mujer pura, tal como Dios había desposado a Israel. Posteriormente, Gomer, al igual que Israel, llegó a ser infiel, concibiendo incluso hijos en la promiscuidad. A pesar de tan inconcebible conducta, Oseas todavía anhelaba que su amada Gomer volviera a ser su esposa. La mayoría de los esposos no aman tan profundamente como Oseas. Legalmente, él podía haberse divorciado de Gomer o hacer que la apedrearan (vea Deuteronomio 22.22; 24.1). En lugar de esto, le habló palabras cariñosas a ella.

Gomer respondió al llamado de Oseas y volvió a él; pero se extravió una segunda vez, yendo en pos de otros amantes. En Oseas 3.2 observamos una insinuación en el sentido de que la capacidad de Gomer para atraer amantes disminuyó, por lo cual, desesperada, se puso en venta ella misma como esclava, para poder comer y tener un lugar donde vivir. Oseas, todavía dedicado a la infiel Gomer, quiso comprarla para salvarla de la esclavitud. Sólo tenía la mitad del dinero que se necesitaba: quince siclos de plata (vea Éxodo 21.32); pero tenía un homer y medio de cebada, que, añadido a su plata, era suficiente para comprar la libertad de Gomer. El profundo y constante amor con que Oseas amaba a la desleal Gomer es una representación del profundo y constante amor de Dios por el infiel Israel.

La iglesia

Así como a Israel se le representa en el Antiguo Testamento casándose con el Señor, también es representada en esta figura la iglesia neotestamentaria. A Cristo se le representa con un amor con suficiente profundidad y firmeza para renunciar a todo, con el fin de comprar a Su esposa, una iglesia gloriosa sin arruga y sin mancha.

Hay dos aspectos de Cristo como esposo que aparecen en el Nuevo Testamento. En uno, Él es un amante que corteja, cuya propuesta es aceptada (Apocalipsis 19.7-9) cuando un pecador es bautizado en Él. El bautismo, según esta ilustración, es la aceptación de la propuesta de Jesús, y es una señal de compromiso para casarse. Toda la vida cristiana consiste en la preparación de un ajuar de novia (ser vestido de justicia) y en prepararse para cuando llegue el día de las bodas del Cordero, y la esposa de este se haya preparado. Entonces, después del matrimonio, vivirán felices para

siempre en los cielos.

En la otra ilustración de Cristo como esposo, un pecador se casa con Jesús en el momento del bautismo (Efesios 5.22-32; Romanos 7.4). Después, la tarea del cristiano es vivir santamente y sin mancha, como conviene a una esposa digna.

La ilustración de la Deidad como *'Ish*, «Esposo», es sin duda la más entrañable de la Biblia, ilustración que usa el Espíritu Santo tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

«SALVADOR»

¡Cuán emocionante debió de haber sido para los judíos desterrados, que estaban tristes y deprimidos en Babilonia, el haber leído en el rollo de Isaías, que Dios sería su *Moshia'*, su Salvador! Dios prometió salvarlos de la cautividad y devolverlos a su propia tierra. En Isaías 43.3-7 dice:

Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador [...] trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra, todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice.

Dios Padre, que es uno con Jesús en todos los planes del cielo, efectuó Su obra como *Moshia'* entre los judíos que estaban en Babilonia, por medio de Jesús. Mucho tiempo antes que se llamara Jesús, se profetizó que Él «[levantaría] las tribus de Jacob» y «[restauraría] el remanente de Israel» (Isaías 49.6). Este Jesús cumplió cuando «despertó [...] el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino» (Esdras 1.1) que permitiría a los judíos volver a su patria.

No solamente salvó Dios —por medio de Jesús como *Moshia'*— a los judíos, de servidumbre extranjera, sino que también, algo de mayor alcance, en un sentido espiritual, fue profetizado: Él salvaría a los gentiles de las tinieblas del pecado. Dios le dijo a Jesús: «También te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra» (Isaías 49.6). En el cumplimiento de este glorioso plan, Dios se vistió Él mismo de carne, al nacerle a María. De conformidad con la misión que se le profetizó, fue llamado Jesús, Salvador, porque había venido a salvar al pueblo de sus pecados.

La Deidad en la carne, Dios en Cristo, había venido a Belén en una misión muchísimo más importante que la que había llevado a cabo anteriormente en Babilonia. Dios como *Moshia'* —sí, como Jesús— había venido a librar las almas de la esclavitud de la culpa pecaminosa. De conformidad

con el plan divino y la profecía, la obra de Dios como Salvador se extendería más allá de los judíos. Una obra restringida hubiera sido «poca» (Isaías 49.6) para Él, y menos abarcadora que la longitud, la anchura, la profundidad y la altura del amor de Dios. De hecho, comenzando con la casa de Cornelio, las naciones verían Su «justicia, y todos los reyes [su] gloria» (Isaías 62.2), regocijándose en el gozo de la salvación.

El resultado es que en el nombre *Moshia'*, Jesús —Salvador y Deidad— ha alcanzado un pináculo y una culminación. En el nombre de Jesús toda rodilla se doblará, y toda lengua confesará que Jesucristo es Señor, para la gloria de Dios Padre (vea Filipenses 2.10–11).

CONCLUSIÓN

Dios actúa por el bien de Su pueblo. Él es su Juez, su Pastor y su Rey. Su cuidado y preocupación son evidentes en Sus funciones como Redentor y

Padre. Su relación con los que le obedecen es tan personal como la de un hombre con su esposa; así, a Dios se le describe como Esposo de Sus seguidores. Además, Él es el Salvador, que los libra de sus problemas.

En nuestro diario andar con Dios, deberíamos verlo como el que nos dirige, nos cuida y constantemente vela por nosotros. El único y verdadero Dios puede llenar todas nuestras necesidades.

¹ La afirmación en el sentido de que la designación neotestamentaria de Dios como Padre, constituye una gran evolución de la designación veterotestamentaria de Dios como Señor, pasa por alto muchas Escrituras del Antiguo Testamento, entre las que se incluyen: Salmos 68.5; 89.26; 103.13–14; Proverbios 3.12; Isaías 43.6; 63.16; 64.8; Jeremías 31.9; y Oseas 1.10.

² Si desea hacer estudio adicional sobre la disposición de Dios de proveernos, vea la lección: «Yahvéh, “Señor”».

'EL RO'I: «UN DIOS QUE VE»

Cuando Agar, la esclava egipcia, huía de su ama Sarai, se llenó de gran gozo al darse cuenta de que Dios cuidaba de ella. Él vio su desdichada condición cuando creía que estaba sola (Génesis 16).

Cuando Dios (o un representante de Dios tan especial que podía hablar como si fuera Dios) habló, su sorpresa y gozo la hicieron llamarlo *'El Ro'i*, «Dios que ve» (Génesis 16.13). Al usar la palabra que describe a Dios como «el Fuerte», ella afirmó tres verdades acerca de la Deidad: Él es fuerte; Él ve y cuida hasta de la persona más solitaria y afligida.

HAI RO'I: «EL VIVIENTE QUE ME VE»

En Génesis 16.14 vemos una ligera variación del nombre que Agar usó para referirse a Dios: *Hai Ro'i*: «el Viviente que me ve». Agar había llegado a la fuente que está en el camino de Shur, cuando el ángel de Dios habló con ella: Parece que a esta fuente se le llamó «Pozo del *Hai Ro'i*». Una idea más fue añadida a la descripción que hizo Agar de la Deidad: Subrayó que Dios era el Fuerte que la vio a ella, y al darle nombre al pozo, alguien añadió que Él es el Viviente.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS